

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre 1'00
 " Extranjero 1'50

HACIA LA PAZ

Llamamiento a los socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas

Queridos compañeros:

Los acontecimientos se precipitaron con tanta rapidez a fines de julio; las informaciones fueron tantas y tan contradictorias durante algunos días; la guerra se abatió sobre Europa de una manera tan fulmínea, que sorprendidos, desconcertados, arrancados trágicamente a sus ensueños de fraternidad universal y participando — en una palabra — del aturullamiento general, la mayor parte de nuestros compañeros, faltándoles tiempo de reflexionar, de tomar precauciones, de concertarse, fueron arrastrados por el formidable movimiento que de la noche a la mañana, lanzó unos contra otros a millones de hombres.

Desde entonces, con una perseverancia y un ardor excepcional, estos compañeros han expuesto las razones en que se basa su conducta.

Ellos dicen: "El ataque, premeditado y brutal, ha venido de Alemania henchida de orgullo, e impulsada por el espíritu de dominación y de conquista que le caracteriza."

"Es necesario defenderse. La victoria austro-alemana sería el triunfo de la barbarie, del despotismo, de la iniquidad y de la fuerza, al propio tiempo que la derrota de la civilización, de la libertad, de la justicia y del derecho."

"Nuestro deber y nuestro interés estriba en impedir el paso a las bordas bárbaras y diezmarlas."

"El militarismo alemán amenaza y turba incesantemente la paz del mundo; es la piedra angular del militarismo universal. Con la victoria acabaremos para siempre con esta amenaza intolerable, y abatiendo de una manera definitiva el militarismo alemán acabaremos — como consecuencia — con el militarismo mundial."

"Social-demócratas, sindicalistas y revolucionarios alemanes, se han puesto con unanimidad entusiasta a las órdenes del Kaiser para aplastar la Francia de 1792, republicana y democrática."

"Los socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas franceses no podían hacer otra cosa que defender la República y la Democracia odiosamente acosadas."

EL MOMENTO NO SE PRESTA A DISCUSIONES INÚTILES:

No quiero aportar aquí ni críticas ni aprobaciones.

Confieso que presentada de esta manera, la actitud de los compañeros que desde el primer momento, sin titubeos y casi sin reservas se alistaron excitando a sus amigos para que hicieran lo propio, puede defenderse perfectamente.

No obstante, sin dudar de su sinceridad, séame permitido decir con Juan Grave: *La falta de muchos de nuestros compañeros ha consistido en hablarnos — para justificar su participación en la guerra — de la defensa de nuestros derechos, de nuestra libertad, de comparar la situación presente a la de 1792, y del hábito de libertad que hizo levantar en armas a Europa contra Alemania.* (Día 15 de diciembre, *Bataille Syndicaliste*).

No quiero insistir porque, repito, no es mi propósito entablar una polémica. Más tarde, cuando la tormenta haya pasado, cada uno expondrá su modo de sentir y los motivos en que fundó su conducta.

FRENTE A LA REALIDAD

Hoy — después de cinco meses de guerra despiadada y atroz — lo único que nos es dable, es ponernos viril-

mente, con sangre fría, frente a la realidad, examinando lo que podemos hacer.

Centenares de miles de hombres jóvenes, vigorosos y valientes, han quedado fuera de combate: muertos, heridos, prisioneros o desaparecidos. En los campos, en el mar y en los aires, la muerte acecha a innumerables víctimas. Ciudades saqueadas, aldeas arrasadas, obras de arte destruidas. El trabajo de múltiples generaciones destruido. En todas partes ansiedad, duelo, ruinas, miseria y sufrimientos.

Es el cortejo abominable y fatal de todos los conflictos armados, y este cortejo es tanto más horrendo y doloroso, cuanto más vasto, más violento y más prolongado es el conflicto.

Jamás, desde el origen de la Historia, le fué dable al hombre asistir como ahora al espectáculo de una matanza científicamente organizada, preparada con tanto método.

Y cada día que pasa, añade algo a la suma de las ruinas, al número de desolaciones, al total de las tristezas y de las angustias.

¡He aquí la espantosa y sublevadora realidad!

¿Que no ha estado en las manos de nadie evitar esta hecatombe abominable? Conforme.

¿Que a los sindicalistas revolucionarios y anarquistas no les alcanza responsabilidad alguna en el desencadenamiento de este cataclismo? Sea.

¿Que fieles a las decisiones formuladas en sus Congresos, a los compromisos solemnemente contraídos, hicieron todo lo posible para evitar estas atrocidades, y que la guerra — que execran hoy como ayer — les fué impuesta? ¿Que ellos no la han querido? ¿Que fueron constreñidos a soportarla? Sea también.

¿Que como internacionalistas fueron siempre adversarios irreductibles de la guerra y partidarios fervientes de la paz? ¿Lo son ahora más firmemente que antes? Tanto mejor.

¡BASTA YA!

Y bien: es a esos compañeros socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas a quienes yo me dirijo.

Esta guerra nos sorprendió sin que el proletariado hubiera establecido un pacto y realizado — a través de las fronteras — una organización suficientemente fuerte para evitarla.

Esta guerra — que no ha sido querida por la clase obrera de ningún país —, ha sido impuesta por la voluntad asesina de ciertos gobiernos, al proletariado de todas las naciones en lucha.

No hemos tenido la fuerza, ni tal vez la energía necesaria, para evitar el crimen, y por el encadenamiento detestable de irresistibles fatalidades, hemos tenido que participar en el mismo desde hace cinco meses hasta hoy.

¡Basta ya!
 ¿Prestaremos nuestro concurso benevolente y sin protesta a la continuación de estos horrores que nuestro corazón detesta, que reprueba nuestra razón y que condena nuestra conciencia?

¿Podrá decirse que adversarios de la guerra en tiempo de paz, nos hemos convertido en adversarios de la paz en tiempo de guerra?

Ya que nos fué imposible evitar las hostilidades ¿no tenemos el deber de intentar todo para ponerlas término?

¡Sí. Lo antes posible, y en condiciones tales, que un régimen de paz durable garantice en el porvenir a cada nacionalidad su independencia, el respeto de sus derechos, de sus libertades y de sus intereses.

Este es nuestro deber, deber imperioso, indiscutible y sagrado.

Estoy de completo acuerdo sobre este punto con un hombre, cuyas valientes declaraciones han sido objeto de la más entusiasta admiración y cuya noble actitud ha sido unánimemente aprobada por todos los socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas franceses.

Escuchad a Carlos Liebknecht explicando las razones de su voto contra los créditos militares:

"Una paz rápida y que no humille a nadie, una paz sin conquistas. Eso es lo que hay que exigir."

"Todos los esfuerzos a ello encaminados deben ser bien acogidos."

"Tan solo la afirmación continua y simultánea de esta voluntad en todos los países beligerantes podrá paralizar la sangrienta matanza antes del completo agotamiento de todos los pueblos interesados."

"Tan solo una paz basada en la solidaridad internacional de la clase obrera y en la libertad de todos los pueblos puede ser duradera."

"Es en ese sentido que el proletariado de todos los países debe hacer — hasta en el curso de la guerra — un esfuerzo socialista por la paz."

Yo no pido otra cosa, y estoy seguro de obtener la aprobación de todos los compañeros que aplaudieron a Liebknecht, ya que no podrán al propio tiempo aprobar y desaprobarnos una misma idea, explicada en los mismos términos, una idéntica declaración por ser otro el que la suscribe.

LOS DIRIGENTES

En su reciente declaración al parlamento, el gobierno afirma — al mismo tiempo que su confianza inquebrantable en la victoria — la necesidad de llegar hasta el fin, sean cuales fueren los sacrificios de toda suerte que tenga que imponerse el país y por mucho que puedan durar las hostilidades.

El gobierno no podía hablar otro lenguaje a la nación comprometida en esta horrible tragedia.

El Senado y el Congreso sancionaron con su aprobación unánime las declaraciones del Gobierno.

La prensa hizo otro tanto.

El Parlamento y la prensa no podían en las circunstancias actuales adoptar otra actitud. Cuando una guerra estalla y los destinos de todo un pueblo están en juego, es deber de los dirigentes, de todos los que forjan la opinión pública, ministros, parlamentarios, periodistas, excitar a la confianza los espíritus, fomentar en los ánimos la exaltación. Obrar de otra manera sería, por su parte, traicionar.

LOS DIRIGIDOS

Pero debajo de los dirigentes se encuentra la multitud: padres, maridos, hijos, novios, hermanos que son soldados y están expuestos a todos los peligros. Madres, esposas, amantes, seres que viven en la angustia más espantosa.

Hay millares de infelices arrojados de las regiones invadidas, expulsados de sus casas que devastaron el incendio o el cañón, de sus ciudades bombardeadas, de sus aldeas, pasadas a sangre y fuego. Hay la inmensa masa de trabajadores — hombres y mujeres — que la plaga condena al paro forzoso exponiéndoles a las peores privaciones, sin contar los pequeños propietarios, industriales y comerciantes que la guerra condena al malestar, a la quiebra, a la ruina.

Sin que se atrevan a decirlo, todos esos hombres, que ascienden a millones, ansían ardentemente llegar cuanto antes al término de la matanza.

VUESTRO DEBER

Es necesario que la voz de estos millones de víctimas civiles y militares que guardan silencio, sea oída.

Conviene traducir las secretas esperanzas que ellos por temor ahogan.

Conviene explicar sus íntimos, profundos deseos, ya que ellos no se atreven ni saben manifestarlos. ¿Quién hará eso? ¿Quién puede, quién debe hacerlo?

Nadie más que nosotros, que en medio de la multitud, encarnamos los elementos viriles, conscientes y coordinados.

Si no estuvo en nuestras manos evitar la calamidad — y esto será la vergüenza de nuestra generación —, que podamos por lo menos detener lo antes posible sus consecuencias desastrosas, y con ello nos rehabilitaremos.

Lo digo una vez más: este es nuestro deber imperioso, indiscutible y sagrado.

PRECISIONES

Precisemos en qué condiciones puede cumplirse ese deber.

Nadie piensa en humillar la Francia, dándole el aspecto de una nación vencida, que agonizando a los pies del vencedor, implora gracia, mendiga la paz.

Nadie piensa en deshonrar la Francia impulsándola a solicitar la paz separadamente: ella pertenece a un grupo de naciones aliadas, y su suerte está indiscutiblemente ligada con ellas.

Por consiguiente, yo no hablo de proposiciones de paz formuladas directamente por Francia y comunicadas a Alemania.

¿Conviene esperar a que Alemania solicite la paz?

Sería insensato esperar que lo hiciera en breve plazo.

Ciertamente — aun cuando las fronteras alemanas permanecen intactas: a pesar de que las tropas del kaiser ocupan Bélgica, diez departamentos franceses y una parte de la Polonia rusa — la situación militar de Alemania y de sus aliadas Austria y Turquía, está lejos de ser brillante.

Pero Alemania posee todavía en hombres, en municiones, en víveres, en dinero, recursos importantes, reservas considerables.

Está solidamente fortificada en los lugares invadidos. Cuenta con un organismo militar de primer orden, y para llegar a agotarla completamente — como se exige en determinadas esferas — será necesario sin duda alguna un lapso de tiempo que nadie podría señalar, así como sacrificios incalculables.

Esta guerra, que se extiende sobre un frente inmenso de batalla y que tiene por teatro ininidad de regiones, impone fatalmente una serie de victorias y de retrocesos, que modificando constantemente las sinuosidades del terreno y obligando a los estrategas a modificar sus planes con frecuencia, aleja indistintamente el desenlace final.

Esta guerra de trincheras que amortigua, reduce y a veces paraliza por completo la ofensiva, al mismo tiempo que abriga, protege y facilita la defensiva; esta guerra de trincheras que de cien en cien metros deja los campos cubiertos de fortificaciones subterráneas que engullen en combates pequeños, pero diarios, y en diez, veinte, cincuenta puntos diversos, montañas de hierro y de cadáveres, no puede terminar más que con el agotamiento completo en soldados, en municiones, en material, en víveres, de uno de los dos grupos de naciones beligerantes.

Es fácil presumir que el agotamiento completo de uno, precedería de muy poco el agotamiento total del otro.

¿Cuándo se producirá?
 Tendremos que esperar a que la paz florezca sobre los cadáveres y las ruinas?

LA UNICA OBJECION

Me consta que en el fondo traduzco el sentir de la mayoría.

Se me puede objetar que el momento es inoportuno. ¿Por qué?

Porque no hay ni vencedor ni vencido; porque ninguno se encuentra a

merced del otro ni abatido hasta el punto de no poder continuar luchando.

Hay quien pretende que no se hable de paz hasta que la derrota de Alemania sea tan completa y definitiva, que no pueda discutir las condiciones de la misma, sino que por el contrario, tenga que aceptar las que quieran imponerle, por muy terribles que sean.

En Alemania también hay quien fiando en la victoria de su ejército, razona del mismo modo con relación a Francia.

Unos y otros creen que sólo entonces será conveniente hablar de los preliminares de la paz.

Yo estimo, por el contrario, que entonces sería demasiado tarde para aprovechar los frutos positivos y duraderos de una paz basada sobre el reconocimiento de todos los derechos.

Sea cual fuere el vencedor, habrá obtenido a tal precio la victoria, que no podrá sustraerse al deseo de aprovechar las ventajas de su situación.

Es fácil darse cuenta de que no puede ser de otra manera, si se calculan las ruinas acumuladas, los torrentes de sangre derramada, los odios exacerbados y los instintos de violencia que, dormitando en el corazón de las naciones en tiempo de paz, despiertan y se desbordan en tiempo de guerra, tanto más furiosamente, cuanto más duradera, penable, salvaje y asesina es la lucha.

¿Sería inoportuno y prematuro hablar actualmente de paz?

Reflexionemos.

LA PAZ QUE NOSOTROS QUEREMOS

Queremos nosotros que Alemania, Austria y Turquía sean desmembradas o suprimidas como naciones independientes, que dejen de figurar en el mapa de Europa, y que sus ciento cuarenta millones de habitantes sean anexados por la fuerza a las potencias aliadas?

Yo creo que entre nosotros no existe uno solo que desee tamaña locura.

Lo que nosotros queremos es — según la expresión de Liebknecht — una paz basada en la solidaridad internacional de la clase obrera y en la libertad de todos los pueblos. Sólo en estas condiciones podrá ser duradera.

Si es a esa paz que aspiramos realmente; si la Internacional de los trabajadores tiene la firme voluntad de obligar a la internacional capitalista y burguesa a que la firme, no hay tiempo que perder.

Dentro de unos meses sería demasiado tarde. Creo haberlo demostrado.

RESUMEN

No se trata de rebajar Francia ante Alemania, ni Alemania ante Francia. Francia no tiene porque solicitar la paz. Alemania tampoco.

Pero en Francia, como en Alemania, la paz cuenta desde ahora con partidarios ardientes y resueltos.

Me consta que en Rusia, en Inglaterra, en Austria, en Bélgica, tanto como en Francia y en Alemania, una parte del pueblo desea en secreto, pero apasionadamente, que la matanza termine.

Es necesario que en el seno de cada nación, los partidarios de la paz se afirmen, se agrupen preconizando la santa cruzada, y se multipliquen hasta que hayan conseguido crear una corriente de opinión contra la guerra.

Publicando este manifiesto, sé bien a lo que me expongo. Lo he previsto todo. Silencio despreciable de unos, injurias de otros, persecuciones, brutalidades, y hasta quizás agresiones.

En el curso de mi carrera ya larga, y regularmente movida, he sufrido rudas acometidas; he pasado por pruebas crueles.

Estoy dispuesto a afrontar lo que me espera con la frente alta y tranquila la conciencia.

SE HA PUESTO A LA VENTA EL

Almanaque de "Tierra y Libertad" para 1915

PRECIO: UNA PESETA